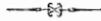




VIAJE DE DESTIERRO



(Continuacion)

XVIII

Pero de todas las campañas que Chile ha sostenido contra su antigua dominadora o sus antiguos rivales, de todas las que se han peleado en su propio territorio entre chilenos i chilenos, la de Tarapacá es la que da mas relieve a la enerjía i bravura de sus hijos. Se ha peleado aquí mas i mejor que en Troya, i el mismo Homero lo proclamara, si conducido de la mano por el viejo Ulíses, hubiera podido recorrer la pampa.

Balmaceda reconcentró en Tarapacá sus mejores tropas al mando del mas fiel i valiente de sus jefes. Sus batallones los componian soldados veteranos, i si el coronel Robles no era un lince como estratégico, en cambio era un bravo al que no faltaban las mañas de los viejos tigres.

El ejército de la revolucion era improvisado, bisoño, mal armado, mal vestido i peor alimentado. Sus rifles los habian arrebatado sus soldados uno a uno en las diversas escaramuzas de preparacion i de ensayo realizadas en la costa, desde Coquimbo hasta Pisagua. "Nuestro ejército, dice el comandante Holley, tuvo que aprender a evolucionar en el campo de ba-

talla.» I Cornelio Saavedra escribía desde Iquique, con fecha 12 de Marzo de 1891, lo siguiente: «No ha habido en la historia de América una lucha mas sangrienta, mas encarnizada i mas tenaz que esta campaña de Tarapacá. Hubo semana que en cinco días tuvimos tres batallas i con la circunstancia de que nuestra fuerza era siempre la misma, luchando contra ejércitos que se renovaban constantemente.»

Se toma i se pierde a Pisagua, i un día vencedores i otro vencidos, nuestro ejército aniquilado se reorganiza con reclutas que por primera vez toman las armas. Hubo jefes que no conocían las voces de mando, i en tal apuro decían solo a sus soldados: Seguidme! I la tropa seguía a sus jefes i llegaba hasta donde no habría llegado un ejército disciplinado. Hubo cargas tan impetuosas i audaces que en mas de una vez los dictatoriales suspendieron sus fuegos i dejaron avanzar tranquilamente a los reclutas, imaginándose que iban a entregarse.

Después de derrotar a Robles en el mismo campo de batalla donde diez años antes los chilenos vencieron al jeneral Buendía, el ejército triunfante de la revolucion no pudo avanzar por falta de municiones, i su situacion era peor que antes de la victoria. Se registró a los muertos i se alcanzó a reunir cinco tiros para cada soldado. En esta horrorosa situacion se vió venir por el camino de Tacna una partida de Granaderos enemigos, que se dirijian a nuestro campamento creyendo fuera el de Robles; pero al notar su engaño huyeron dejando abandonado un arreo de mulas cargadas con doscientos rifles Grass i cuarenta mil tiros. Todos estimaron providencial este refuerzo que el mismo Balmaceda enviaba a la desarmada tropa de la revolucion.

De nuevo el ejército se pone en marcha persiguiendo su audaz intento de llegar a Iquique, después de haber barrido de enemigos toda la pampa. En Huaraz es detenido otra vez por Robles i Sofo, i se sabe con alarma que la division Gana ha desembarcado en Ite i la de Arrate en Arica, i ambas, provistas de abundantes elementos, vienen en marcha para reforzar a Robles i hacerlo irresistible. Es necesario dar, sin pérdida de tiempo, una nueva batalla, i el ejército se lanza al asalto de las posiciones enemigas i agota en la lucha su último cartucho.

Desarmado de nuevo por falta de municiones, es necesario retirarse i deja en poder del enemigo los cañones i ametralladoras que habia conquistado en las anteriores batallas.

Hai que principiar de nuevo la tarea de armarse: sobran los soldados que llegan de todas partes, pero faltan las municiones. En las anteriores batallas los patriotas esperaban impasibles la caida de sus compañeros para tomar sus fusiles i reemplazarlos; pero ahora no se podrá repetir el mismo prodijio porque faltan las balas.

Miéntas esto ocurre en la pampa, se desarrollan en Iquique sucesos trascendentales. La tropa que guarnecía la ciudad se ha retirado para unirse al ejército de Robles, i el comandante Merino Jarpa toma posesion de la plaza con cuarenta marineros; pero el coronel Soto, sabedor de lo que ocurre, regresa con cuatrocientos hombres para recuperarla. Se juzga inútil la resistencia i se da a Merino Jarpa la órden de reembarcarse; pero el valiente oficial comprende que el abandono de Iquique, despues de la derrota de Huaraz, desalentaria a los mas animosos i seria la ruina de la revolucion. Organiza la resistencia i se encierra en la aduana, que trasforma en fortaleza. No tiene a sus órdenes mas que cuarenta hombres i los distribuye en las azoteas i balcones del edificio, haciendo una trinchera de cada puerta. Cuatro oficiales, los tenientes Meliton Guajardo i Jorje Pacheco, el aspirante Felipe de la Fuente i el guardia-marina Baldomero Pacheco, secundan heroicamente el atrevido propósito de Merino Jarpa.

A las seis de la mañana aparece por la calle Arturo Prat la tropa de Soto, e inmediatamente se inicia el combate, que dura hasta las cuatro de la tarde. Desde el primer momento, Soto toma posesion de las casas que circundan la aduana, i un nutrido i constante fuego de fusilería llueve sobre el puñado de defensores de la ciudad.

Cuando en la escuadra se tiene conocimiento de la situacion de Merino Jarpa, se ordena que el comandante Peiroa desembarque con cuarenta franco-tiradores del Taltal en defensa de los sitiados. Esta tropa viene armada con viejos fusiles Beaumont, descompuestos en su mayor parte, i con mui escasas municiones, i, a pesar de su espíritu animoso, no puede contestar con brío

el nutrido fuego que le hace la fuerza de Soto en su trayecto del mar a la aduana. Muchos caen en el camino i el mismo Peiroa es herido gravemente.

Un segundo refuerzo compuesto de algunos marineros i reclutas del Chañaral, armados de Mannlicher, con municiones Winchester, llega tambien a la aduana, al mando del capitán Fritis i de los guardia-marinas Sánchez i Garreton.

El combate se hace mas terrible, i Soto, colérico por la resistencia, incendia las casas que circundan la aduana, a fin de hacer sucumbir por el fuego a los sitiados. El peligro es inminente; las llamas devoran las cornisas de madera del edificio i el calor hace imposible la defensa. Por fortuna, en el techo de la casa que ocupan los sitiados existe un estanque de aguas saladas i se ordena abrir sus válvulas. Los soldados, sin agua para beber i sin víveres, pelean sobre el pantano de la inundación i las llamas i el humo que les asfixia.

En medio de esta situación desesperada, dos hombres heroicos, los marineros Hidalgo i Vargas, se ofrecen para ir a pedir auxilio a la escuadra. La proposición es aceptada, i Merino Jarpa escribe a Goñi asegurándole que el triunfo es seguro si la resistencia se prolonga. Los marineros descienden por los balcones, se echan al mar i alcanzan un bote fondeado a cuatrocientos metros de la playa; pero la embarcación carece de remos, i es necesario abandonarla. Todo esto se ejecuta en medio del vivo fuego que los soldados de Soto les hacen desde tierra. Los marineros siguen nadando hasta que una chalupa que sale de la Isla, los recoge a su bordo i conduce al *Blanco Encalada*.

Goñi organiza inmediatamente una expedición encargada de conducir agua, municiones i víveres a los defensores, la que desembarca por el muelle de pasajeros en medio de un vivísimo fuego. Tres de los expedicionarios caen mortalmente heridos, entre ellos el teniente Aravena, que anima a su jente i conduce sobre sus hombros un cajón con municiones. Un segundo refuerzo a las órdenes del teniente Salustio Valdes i del guardia-marina Jorge Edwards, hace comprender al comandante Soto que no verá realizado su deseo de vencer a los defensores de Iquique, i se decide a aceptar el armisticio que para salvar la ciudad le propone el comandante de la *Warspite*.

Este armisticio, que debía convertirse pronto en un arreglo de paz, estuvo a punto de fracasar por la impetuosidad del comandante Soto. Se discutian las bases de arreglo, i de improviso se deja oír un tiro de rifle: Soto saca su revólver, i, amenazando a Merino Jarpa, grita furioso que se le hace traicion. El jefe inglés se interpone entre los dos adversarios i logra detener i calmar a Soto. Dos marineros apostados a las puertas del salon, al ver la actitud del coronel dictatorial, alcanzan a preparar sus fusiles; pero Merino Jarpa, desentendiéndose de su propio peligro, les detiene a tiempo.

Al día siguiente, el comandante Soto pacta a bordo de la *Warspite* la rendicion de su tropa con todos los honores de la guerra. La actitud heroica i prudente de Merino Jarpa habia dado a la revolucion uno de sus mayores triunfos: la posesion de Iquique, base del gobierno que debía organizar el ejército i fuente de sus recursos.

Desde ese instante solo se pensó en limpiar la provincia de Tarapacá de todos los elementos que obedecian a Balmaceda. Pronto se supo que los restos del ejército de Robles se habian unido con las divisiones de Arrate i de Gana, despues de una marcha prodijiosa por el desierto.

El 1.º de Marzo, el ejército constitucional, a las órdenes de Canto, ocupó las alturas de Iquique con el doble objeto de ser apoyado por fuegos de la escuadra i de protegerse en la ciudad. Formaba este ejército una agrupacion estraña de hombres i de armamentos. Se veian en sus filas desde la levita de paño fino de las visitas de etiqueta, hasta la blusa de tela burda de sacos; desde el sombrero negro de pelo hasta el de paja, i desde la gorra blanca hasta el quepi tomado a los soldados del Dictador. No habia otra insignia comun que la franja colorada que envolvia el brazo derecho de los oficiales i de los soldados, distintivo usado por primera vez en la batalla de Dolores. El armamento estaba en armonía con las tropas: fusiles Comblain, Beaumont, Grass, Remington i Mannlicher con municiones de carabinas Winchester, i así habia que vencer!

El 3 de Marzo, este famoso ejército, compuesto de unos 1,700 hombres, inició su movimiento de marcha hácia el interior, i el 5 se divisaron las avanzadas enemigas que dominaban una posi-

cion formidable de la pampa. Robles tenía establecido su cuartel jeneral en la Estacion Central, punto de reunion de las dos líneas férreas, la del norte que sigue hasta Pisagua i la de Virginia hácia el sur; pero, a la vista de nuestro ejército, abandonó estas posiciones magníficas para ir a tomar las de Pozo Almonte, destruyendo con dinamita la línea férrea a medida que se alejaba.

Durante un día los soldados de la revolucion se dedicaron esclusivamente a rehacer la línea destruida, i al amanecer del 7 los dos ejércitos se encontraron a la vista. Las fuerzas eran equilibradas en su número, pero mui diferentes en su organizacion i armamento. El choque fué terrible i tan impetuoso de parte de los nuestros, que los de Robles no lo resistieron: saltaron de sus posiciones perdiendo su única retirada posible. La lucha continuó encarnizada i tan pujante que el ejército de Balmaceda fué materialmente arrollado, deshecho i pulverizado. En pocas batallas se ha perdido tan completamente un ejército como en Pozo Almonte, pues no se retiraron 20 hombres organizados. Viejos militares, testigos i vencedores de muchas batallas, aseguran que jamas vieron pelear con mas empuje a nuestros soldados. Era una furia loca i ciega que todo lo arrastraba i que parecía perseguir, no solo la victoria, sino el castigo de un gran crimen. Robles, Méndez i Ruminot, los tres primeros jefes del ejército balmacedista que operaba en Tarapacá, quedaron en el campo de batalla; Gana i Arrate huyeron sin detenerse hasta llegar al Perú. De los 3,000 hombres que por ámbos bandos lucharon, cerca de la mitad quedaron muertos o heridos!

XIX

Despues de soñar toda la noche con fabulosas batallas i ver a Balmaceda trasformado en gigante que recorre a Chile en toda su estension, pasando de un solo tranco de una provincia a otra, con grandes bigotes retorcidos i blandiendo en el aire una descomunal espada que a nadie ofende, despierto al amanecer, dominado todavía por un suavísimo letargo. El *Coquimbo* se cimbra dulcemente, lo que me hace suponer que estará fondeado en un mar tranquilo, pues solo entónces se sosiega algun tanto esta inquieta nave construida especialmente para los mareos.

Abro la ventana de mi pequeño camarote, i contemplo una ciudad construida, como Antofagasta, en la falda de una montaña: es Pisagua; mas pequeña que Antofagasta i poco ménos importante que Iquique en la estraccion de salitre; ciudad de madera, improvisada i alegre.

Un pasajero que me ve asomado al postigo me dice amablemente:

—Ffjese usted ahí: ése es el barrio incendiado.

—Incendiado, cuándo?

—En los recientes combates.

Recuerdo, entónces, que uno de los detalles mas curiosos de la campaña ha sido la toma i abandono de Pisagua verificados repetidas veces en un mismo día.

Tomada Pisagua a viva fuerza por un puñado de valientes que comandaba Merino Jarpa, los vencedores fraternizaron luego con los vencidos i se desparramaron por los cerros i por la ciudad celebrando todos el triunfo de la revolucion.

El capitán Espinosa, que mandaba las fuerzas balmacedistas, se aprovechó del desbande i de la confianza de los vencedores, reunió a sus soldados i atacó de improviso a los constitucionales, que, dispersos i sorprendidos, no se daban cuenta de lo que ocurría i corrieron hácia la playa para embarcarse en los botés de la escuadra.

Pronto quedó Espinosa en posesion de la ciudad, i la poblacion, sorprendida al ver derrotados a los vencedores i vencedores a los vencidos, trató de averiguar tan estraño suceso. Espinosa esplicó lo que habia ocurrido; entónces el pueblo, en medio de la algazara i de la broma a que daba lugar tan cómica aventura, abrazaba a los soldados, felicitándolos por tan orijinal i divertida jornada. Los abrazaban i al mismo tiempo les quitaban sus fusiles, i de esta manera fué desarmada la tropa del audaz Espinosa. Los constitucionales, advertidos de lo que ocurría, volvieron a desembarcar, i Pisagua fué recuperada por las fuerzas de la escuadra; dándose a esta aventura el nombre de *la batalla de los abrazos*. Espinosa iba a ser fusilado por traidor; pero Merino Jarpa se opuso a este sacrificio inútil, declarando que ese oficial era todo un valiente i que su vida debía ser respetada.

Momentos despues se anunció que una fuerte division balma- cedista descendía de la montaña i que era necesario abandonar la plaza, pues no habia cómo defenderla i era inútil sacrificar la ciudad, que seria incendiada completamente. Merino Jarpa cedió a estas justas exigencias i volvió a embarcarse con su tropa... En el espacio de veinte horas habíamos sido dos veces vencedores i dos veces vencidos. Así es toda la campaña de Ta- rapacá.

XX

Arica es un pequeño i blanco nido, que el famoso Morro defiende de toda sorpresa; sus alrededores son arenosos i cu- biertos de médanos, pero un poco mas distante se estienden valles de verdura tropical. Posee una linda iglesia que eleva al cielo su calado campanario, i una magnífica aduana de piedra i fierro, construida por Eiffel, el de la famosa torre. El Morro, visto desde el mar, no tiene ninguna majestad, i sorprende que ese pequeño promontorio pueda constituir defensa tan formida- ble. El tricolor de Chile flameaba en la altura. ¡Qué de recuer- dos, de hechos inmortales i tristes, trae a la memoria la vista de ése promontorio! En su meseta i alrededores tuvo lugar el hecho mas sangriento de la guerra del Pacífico, i fué aquí donde el Perú perdió a sus mas esforzados i valientes defen- sores. Toda la historia de esos días de gloria para nosotros i de adversidad para nuestros vecinos, renace como de una fosa ante esa bandera que flamea al viento i que tantas vidas costó izar sobre esa cumbre de arena. Es una página horrible de valor i de muerte.

Despues de la batalla de Tacna, el jeneral Baquedano exijió la entrega de Arica, cuyo puerto era la llave de la posicion mi- litar que acababa de conquistar, i envió de parlamentario con este objeto al mayor Salvo. El jefe chileno fué conducido con los ojos vendados a la presencia del coronel Bolognesi, que le recibió con la mayor cortesía, i despues de oír su embajada, que era motivada por el deseo de evitar un derramamiento inútil de sangre, sin objeto despues de la batalla de Tacna, Bo- lognesi contestó con calma que tenia deberes sagrados que cum- plir i estaba dispuesto a quemar el último cartucho.

Ante tan resuelta actitud el parlamentario chileno dió por terminada su mision, e iba ya a retirarse, cuando el coronel Bolognesi le retuvo diciendo que la respuesta que acababa de dar era su opinion personal, pero que creia necesario consultar a los jefes, i que a las dos de la tarde mandaria contestacion definitiva.

El mayor Salvo estimó esta demora como una táctica para ganar tiempo i nó la aceptó, manifestando con su énfasis característico que, en la situacion en que se encontraban, una hora podria decidir de la suerte de la plaza.

Bolognesi contestó que haria la consulta en el acto, i en presencia del mismo jefe chileno, hizo llamar a su despacho a los oficiales de mas alta graduacion. El primero en presentarse fué Moore, despues Ugarte, Inclan, Arias, Zavala, Varela, Bustamante, el argentino Saenz Peña, los Cornejos i otros.

La consulta fué breve, pues apénas Bolognesi dió a conocer el objeto de la reunion i la respuesta que habia dado, Moore se puso de pié i dijo tranquilamente:

— Esa es tambien mi opinion.

Frase que fueron repitiendo uno a uno todos los oficiales peruanos por el órden de su graduacion.

Salvo dijo entónces que su mision estaba concluida, saludó, dando la mano a los oficiales que conocia, i agregó despues:

— Hasta luego.

Esta actitud de los jefes peruanos revelaba en esos momentos un gran valor moral, pues se decidían a luchar contra un enemigo victorioso i cuyo empuje sus soldados no podían resistir.

Bolognesi era un militar de verdadero mérito. Nacido en el Perú, de una familia de oríjen italiano, habia militado desde su juventud en la carrera de las armas. Castilla le estimaba por su honradez i valor, i desde la toma de Arequipa, en 1858, habia llegado a ser su favorito. Abandonado por Montero, con tropas bisoñas, su mas poderoso elemento de defensa consistia en 250 quintales de dinamita, que el almirante le habia entregado diciéndole que era necesario hacer volar a Arica con todos sus defensores i asaltantes, pues se necesitaba, para salvar al Perú, de un hecho que, como el estertor de la agonía, sacudiera profundamente el corazon de la patria. Despues de esta solemne

declaracion, Montero se alejó sin querer participar de la inmensa i terrible gloria que cedía a Bolognesi i sus tropas.

Desde ese momento Bolognesi se contrajo con gran actividad a fortificar a Arica: para la defensa de la rada construyó baterías rasantes, a pesar de que la plaza es por este lado inexpugnable, i su punto débil era por tierra, por encontrarse en una llanura abierta que se dilata hácia el norte, i estar rodeada por el oriente de cerros arenosos que van a terminar hácia el mar, en la levantada península que se denomina el Morro. En este punto reconcentró Bolognesi todos sus esfuerzos, especialmente desde que las operaciones del ejército chileno se dirijieron hácia Tacna. Trató de formar un campo atrincherado; pero no tenia elementos, i se contrajo a completar las baterías abiertas dándoles forma de reductos, cubriendo su retaguardia con parapetos i agrupando ahí toda la artillería de que podia disponer: grandes cañones Vavasseur i Parrots del calibre de 250, 100 i 70. Encargó tambien al ingeniero Elmore que completara con la dinamita la defensa, distribuyéndola en torpedos i minas. La línea fortificada tenia una estension de mas de tres kilómetros. Víveres i municiones poseia suficientes para un largo asedio.

Despues de la batalla de Tacna, los vencedores se dirijieron hácia Arica. Se discutió si se estableceria un sitio o se tomaria la plaza por un asalto, i se decidió lo último, mas conforme con el temperamento de nuestras tropas. El coronel Lagos, que iba a ser el héroe principal de esta hazaña, sostuvo el asalto, tan propio de su índole audaz. El plan consistia en una sorpresa ejecutada al amanecer, sin tirar un tiro, a la bayoneta i con tropas escojidas. Para aumentar la emulacion de los soldados se rifaron los cuerpos que debian obtener la preferencia, i tocó al 3.º el honor de atacar al fuerte *Ciudadela*, al 4.º el fuerte del *Este*, i al Buin la retaguardia i la reserva.

Al amanecer del día 7 los asaltantes se pusieron en marcha, i momentos despues la artillería peruana rompía sus fuegos. Entónces los ájiles soldados del 3.º se lanzaron a toda carrera i en ménos de quince minutos asaltaron los parapetos del fuerte que se les habia designado i lo tomaron con sus cuatrocientos hombres, que depusieron las armas.

Apénas los soldados chilenos habian tomado posesion del

fuerte, una espantosa detonacion oscureció el cielo i estremeció la tierra. Un cabo de artillería, llamado Alfredo Cárdenas, habia puesto fuego al polvorin i hecho saltar un centenar de soldados chilenos i peruanos. Enfurecidos con esta traicion, nuestros soldados se lanzaron sobre los rendidos i los esterminaron. El fuerte quedó convertido en un lago de sangre cubierto de cadáveres.

Cuando se izaba en este fuerte la bandera de los vencedores, los soldados del 4.º i del Buin se dirijieron al asalto del Morro, que defendia Moore. El Morro estaba silencioso. Algunos batallones peruanos corrían para refugiarse en su recinto, i en esta carrera cayeron heridos por los nuestros algunos de sus mejores jefes. Bolognesi alzó entónces sobre los cañones bandera de parlamento; pero nuestros soldados, ciegos de cólera por las minas que reventaban a su paso, no respetaron esa insignia ni oyeron las órdenes de sus jefes, i los cuatro valientes que ahí se agruparon, Bolognesi, Moore, Ugarte i Blondet cayeron heridos de muerte. Solo el oficial argentino Roque Saenz Peña fué perdonado en medio de esta matanza.

Antes de las ocho de la mañana, el teniente Casimiro Ibáñez, del 4.º de línea, bajaba del Morro la bandera peruana e izaba en su lugar una banderola de su cuerpo.

Miéntas ocurría en el Morro este drama sangriento, el Lautaro se deslizaba silencioso por entre los matorrales de la llanura i envolvía los reductos. El mayor peruano Ayllon, que mandaba en esos fuertes, hizo un aparato de resistencia al mismo tiempo que ordenaba reventar todos los valiosos cañones i prendía fuego a las mechas de los polvorines, haciendo volar todos los fuertes del norte, miéntas sus soldados se rendían.

En esos momentos Baquedano, seguido por Velásquez, penetraba en Arica, i penetraba a tiempo para impedir que los del Lautaro sacrificaran a los peruanos en castigo a los torpedos i minas que por todas partes reventaban.

Los peruanos perdieron mas de mil hombres i los chilenos cerca de quinientos, entre ellos al comandante San Martin, del 4.º de línea, que espiró triunfante sobre el Morro, vivando a Chile, al mismo tiempo que, un poco mas distante, espiraba tambien su hijo.

Arica fué tomada en una hora, miéntras los jefes i oficiales de las escuadras extranjeras fondeadas en la bahía apostaban que no seria tomada en ménos de tres dias, i algunos sostenian que ni en quince. Sin embargo, la toma de esta plaza es una de las pocas acciones de esa época en que nuestros jefes desplegaron estratèjia, o por lo ménos, cierta maña para desorientar al enemigo, pues el aparato de ataque por el lado del mar, ejecutado dias ántes, hizo dudar a los peruanos sobre si la plaza seria atacada por tierra.

Varios de los cadáveres que quedaron en el fuerte del Morro fueron arrojados al mar por los vencedores, entre ellos el del valiente Alfonso Ugarte, que se habia educado en Chile. Este hecho ha dado lugar a una leyenda fantástica, que supone que Bolognesi, Moore i Ugarte, montados en sus caballos de batalla, se arrojaron al mar, desde lo alto del Morro, por no caer prisioneros. El cuadro es grandioso i conmovedor, pero no es exacto.

Esta leyenda se cree todavía en el Perú porque es hermosa i halaga la vanidad i el orgullo nacional, i es una reproduccion, mas hermosa todavía, de la accion de Paniotowski, la esperanza de la Polonia, quien, derrotado en Leipzig, prefirió arrojarse con su caballo en las caudalosas aguas del Elster ántes que caer prisionero.

Pero ya, en 1821, habia ocurrido en el Perú, poco ántes que San Martin entrara a Lima, una accion parecida, pero auténtica: el héroe es Pringles, i el narrador de ella Lucio Martínez.

En el combate de Pescadores, Pringles tenia de un lado el cerro, del otro una salida precisa i a su espalda el Pacífico. Repentinamente numerosa fuerza española le cierra el paso. Pringles se lanza contra los enemigos seguido de algunos granaderos a caballo. Tres veces procura abrirse camino; pero sus cargas son rechazadas. Desunida su tropa, pelea cuerpo a cuerpo; pero allí nadie se rinde. El enemigo le empuja hácia el mar. No hai mas que rendirse o morir, e hizo lo último i se arrojó al océano, montado en su caballo de batalla. Afortunadamente se salvó, i los españoles, admiradores del valor, le concedieron una medalla que inmortalizara su hazaña.

XXI

A medio día, i sin que el vapor penetrara en bahía alguna, nos encontramos anclados frente a Mollendo, el mas raro, el mas orijinal, el mas escéntrico de todos los pueblos marítimos. La ciudad, construida en la falda de una colina, parece que se hubiera resbalado i quedado pendiente sobre el mar, i el viajero espera ver caer al agua alguna vieja casa, algun pedazo de barrio sostenido milagrosamente en el aire. Si la torre inclinada de Pisa es una maravilla, Mollendo colgando sobre el mar es un prodijio. Verdad que nada perdería el arte con que Mollendo cayera al agua; pero sería de lamentarlo por sus habitantes, que deben sentir por su pueblo un estraño afecto, el cariño a todo aquello que nos cuesta un esfuerzo constante, por lo ménos de equilibrio.

En Mollendo no hai muelle; sería una construccion inútil, pues lo que necesita la ciudad es un ascensor. Los viajeros desembarcan de una manera bien orijinal: se introducen en un tonel, en una pipa o en un canasto i, por medio de cables, son suspendidos hasta dejarlos en tierra firme. I para ejecutar esta operacion, ¡qué de aventuras i peligros! A veces el aparato se cimbra mucho tiempo en el aire o desciende hasta el agua en medio de las risas de los curiosos de tierra i de los que presencian el espectáculo desde la cubierta de las naves. Despues de desembarcar en Antofagasta, parecía que nada de mas interesante hubiera sobre el mar; pero Mollendo eclipsa no solo a todo lo existente, sino a lo que pudiera crear la imaginacion mas soñadora. Mollendo es una ocurrencia. Solo la fantasía oficial del Perú, tan rica en absurdos, pudo fundar una ciudad en este sitio i darle vida comunicándola con Arequipa por medio de un costoso ferrocárril. Vemos llegar uno de los trenes que desciende lentamente la colina, i nos parece una burla este derroche de dinero en una construccion tan inútil. Mollendo no será nunca otra cosa que un pueblo artificial, levantado en un rincon inverosímil i grotesco, en el que hasta el mar parece estrellarse entre las rocas con zumbante sorna.

En Mollendo se embarcan a bordo del *Coquimbo* numerosos

pasajeros que vienen de Arequipa i de otros departamentos i provincias interiores del Perú. Muchos de esos viajeros forman parte de la representacion nacional i se dirijen a Lima para asistir a las sesiones del Congreso que debe ser inaugurado el 28 de Julio, aniversario de la independencia peruana. Es jente comunicativa i franca i algunos parecen descender directamente de la raza india; guardan con los chilenos cierta reserva, pero sin salir jamas de los límites de la cultura i de las buenas maneras. Se embarca tambien un cura boliviano que trae numeroso equipaje de mujeres i canastos; éste sí que es pura raza cauca. Viste traje mitad sacerdotal i mitad paisano. Una sotana mui usada i corta deja ver sus pantalones a grandes cuadros amarillos i café, i sombrero de paja de Guayaquil oculta su tonsura. Los chilenos, acostumbrados a la discreta i elegante correccion de su clero, sonrien maliciosamente a la vista de ese estraño representante de un catolicismo pobre, primitivo i de una doctrina un tanto libre i poco vijilada por los príncipes de la Iglesia. No pasa desapercibida para el cura la curiosidad de que es objeto, i sus pequeños ojos negros brillan con despecho; pero afecta un aire indiferente, i despues de instalar en todo un camarote a sus mujeres, que probablemente son sus hermanas i sobrinas, se pasea por la cubierta con el aire de un hombre resuelto i que no teme a las murmuraciones. Talvez es un buen sacerdote que no tiene mas defecto que lo corto de su sotana i los muchos cuadros de sus pantalones.

En la tarde, el *Coquimbo* continúa su rumbo hácia el norte, seguido por algunos lobos marinos de oscura piel i de esa mirada tonta i sin espresion que tienen las fieras del mar.

En la noche tenemos gran concierto en el comedor, organizado por la parte jóven de la colonia peruana. El piano jime destemplado bajo la presion constante de los alegres parlamentarios. Se canta la *Niña Pancha*, la *Gran Vía* i todo ese repertorio poco intelectual que las tandas han puesto en boga. Los cantantes no son malos i talvez lo hacen mejor que los actores del *Politeama* de Santiago i del *Politeama* de Lima; pero los temas escojidos no son propios de semejantes aficionados. Como protesta silenciosa contra ese bullicioso i poco distinguido repertorio, entónamos en voz mui baja, para no ser oidos de nadie,

en compañía de B. P. B., que es todo un artista, i miétras nos paseamos por la cubierta del vapor, la gran marcha nupcial de Lohengrín i el dúo entre Elza i su esposo, que oímos seis veces seguidas en el Municipal de Santiago. La noche es serena, el cielo está cubierto de estrellas i nuestro corazon henchido de recuerdos de la patria. ¿Volveremos a oír otra vez los cantos sublimes del gran maestro del porvenir? I la idea de que en estos momentos se desploma en Chile nuestra civilizacion i cultura, nos hace enmudecer. . . No brotan lágrimas de nuestros ojos, pero sí del corazon. «¡Qué gran desgracia, pensamos, es perder a la patria!» Pero la gran fé que tenemos en su destino nos devuelve en el acto la tranquilidad i la calma. Las olas se ajitan bulliciosas alrededor del vapor, i la *Gran Vía* resuena en el comedor en medio de las risas i de la charla alegre de los peruanos. La idea de que nuestra patria pudiera ser vencida algun día hiela la sangre en nuestras venas, i pensamos que si tal desgracia ocurriera nosotros no podríamos reír jamas.

XXII

Al amanecer entra el *Coquimbo* en la anchurosa i alegre bahía de Pisco, rodeada de bajas colinas cubiertas de claro verdor. El mar está tranquilo i azul como el cielo. Una luz blanca i tibia, luz de mañana de invierno, alumbra la bahía, las montañas i la ciudad i esparce en el ánimo del viajero cierta impresion de molicie. Parece que la naturaleza se despierta soñolienta con su blanca bata de mañana, i nos mira amable i risueña.

La ciudad, pequeña i desparramada como todas las viejas ciudades españolas del continente, surge aquí i allá en blancos trozos que medio ocultan las arboledas. Algunos tonos de verdor mas oscuro, formados de grupos de pinos, de olivos i de plátanos, matizan el verde claro del paisaje.

Como es día de fiesta, no hai movimiento comercial en la bahía; los pocos buques fondeados en ella yacen silenciosos, i sólo a la llegada del *Coquimbo* algunos botes surcan la clara superficie para ir a ofrecer sus servicios a los viajeros. Vendedores de dátiles i de paltas, que llevan sus frutas arregladas en largos canastos, asaltan tambien el vapor ofreciendo sus artícu-

los por precios exorbitantes, que despues los reducen a la tercera parte de su primera tentativa.

Lo mejor que hai en Pisco es el elegante e interminable muelle de fierro. Como la bahía tiene mui poco fondo, los buques lanzan sus anclas mui afuera, i el muelle, para alcanzarlos, se ha ido estendiendo, estendiendo... pero siempre ha quedado corto. El Fisco peruano tiene aquí muelle de mas i bien podria repartirlo entre todos los otros puertos de la costa que no lo poseen, quedando siempre un buen trozo para Pisco. Si este reparto se hiciera, me permitiría recomendar a Mollendo; pero colocándole el muelle para arriba, en forma de piramidal escala.

Desembarcamos en el gran muelle de Pisco i lo recorremos en toda su estension de seis cuabras, sentados en un carrito que se desliza sobre los rieles, empujado por unos cuantos pisqueros. La excursion es divertida i agradable, pues vamos en buena i numerosa compañía. Así, de esta manera un tanto triunfal, llegamos hasta los umbrales de la ciudad, que recorremos en diez minutos. ¡Qué feo i abandonado es el pueblo! No hai verdades en las calles i las casas son todas viejas i en ruinas. En un balcon, el único que divisamos, hai un grupo de mujeres que nos miran con curiosidad i se permiten reirse de nosotros. Dos señoras caminan con cuidado por las despedazadas veredas, tratando de no tropezar en los guijarros. Son las primeras peruanas que vemos en su tierra i les miramos los piés. Son como los de las chilenas.

Celebramos nuestra visita al pueblo bebiendo en la mejor fonda una copa de pisco a la salud del Perú. Se sabe que aquí se fabrica un pisco delicioso de chirimoyas i de uvas, pero el que bebemos no tiene nada de notable.

El dueño de la fonda nos observa que, si nos apresuramos, podemos hacer una visita a la ciudad de Pisco, que dista del puerto como una milla i se comunica por medio de un ferrocarril de sangre. La estacion de este ferrocarril dista solo una media cuadra de la fonda, i nos dirigimos a ella. Un carro espera llenar sus asientos para ponerse en marcha. La comitiva, de la que formamos parte, los ocupa todos, i las mulas, dos hermosas i bien cuidadas mulas, parten a paso rápido. Este ferrocarril solo posee un carro que sale del puerto cuando sus asientos es-

tán todos ocupados i regresa cuando vuelve a llenarse. El mismo propietario de la línea cobra los pasajes. La administracion es de lo mas sencillo i no se necesitan empleados para la contabilidad.

El trayecto que se recorre para llegar a la antigua ciudad de Pisco es mitad campo i mitad calle. Algunas pobres viviendas se alzan aisladas, i largos tapiales desmoronados permiten divisar la campiña casi abandonada. La indolencia ostenta aquí su ropaje de miseria. I los campos parecen ricos, i la turbia agua fertilizante corre por una ancha acequia al borde del camino, i el hombre mira todo aquello con la boca abierta, cuando no está comiendo plátanos o mascando dátiles.

La antigua Pisco no pasa de ser un viejo i empolvado caserío con cierto aire colonial. Parece una estensa plaza con un jardín seco i abandonado como todo lo que aquí se ve. En uno de sus frentes se alza una mansion colonial, trasformada en posada, encima de cuya ancha puerta se ostenta un borrado blason heráldico, sobre el que se ha posado un gallinazo con aire sarcástico i siniestro. En otro extremo de la plaza está la iglesia, con dos bajas torres mui separadas i una aplastada cúpula. Penetramos en el sagrado recinto, que está casi lleno de fieles del sexo femenino. Hai misa cantada i el órgano cruje lloroso como si un dolor agudo le atormentara al hacer funcionar sus viejos fuelles. Los sacerdotes visten deslumbrantes casullas cubiertas de lentejuelas i galones de oro i plata. Muchas luces, muchas flores marchitas i mucho incienso de mal olor.

Penetramos lentamente para no llamar la atencion ni perturbar a las devotas; pero uno de nuestros amigos calza botines con crujideras que imitan a la perfeccion los jemitos del órgano, i casi toda la concurrencia vuelve la cabeza para conocer al músico. Es un espectáculo bien extraño: cien o doscientos rostros femeninos de todas edades i de todas las formas imaginables se vuelven a un tiempo con sorpresa i alegría. Nos ocultamos junto a una de las gruesas columnas de la arquería... Cuando la curiosidad de las mujeres se satisfizo, examinamos algunos de los altares. ¡Qué de maravillas se ven en esta iglesia! Nada mas estrafalario que los trajes de estos pobres santos. Llama sobre todo nuestra atencion una Vírjen con abanico, un

Cristo en traje de *gaucho* i una santa, cuyo nombre no pudimos averiguar, que sorbia rapé. Semejantes escentricidades parece que avivan la estinguida fé de estos creyentes. Se quiere mas a estos santos caseros que han adoptado los usos i costumbres del pueblo, alejándose un tanto del cielo, para vivir-entre el mundo de sus devotos. Así, las personas encargadas de sus arreglos los mudan, los peinan i hasta los lavan periódicamente, como si se tratara de personajes vivos que no pudieran valerse por sí mismos a consecuencia de alguna parálisis desarrollada en todo su organismo; i miéntras los sirven de esta manera, solicitan sus influencias celestiales en obsequio de alguna miseria humana; que todo es recíproco en la vida i mui raros son los favores que se hacen en este mundo con verdadero desinteres. Muchas otras curiosidades descubriéramos en la antigua iglesia a no oír los silbidos del vapor que nos llama para emprender el viaje. Nos damos prisa; pero ántes de salir del templo dirijimos una última mirada a los altares i nos sorprende un nuevo hallazgo.

Es una imájen estravagante, con moño orijinal que tiene la forma de esos peinados que se ven en las figuras que adornan el exterior de las tazas de té, de los abanicos i quitasoles japoneses. Sus ojos entornados i melancólicos, su color amarillo como el de un yeso antiguo i sus labios mui encendidos, completan la ilusion de encontrarnos en presencia de una de las imájenes del catolicismo chino o japones. La introduccion en este templo de un tipo tan poco divino se debe seguramente a la influencia de la numerosa poblacion asiática que existe en Pisco; insensiblemente la fisonomía popular se ha ido modificando i con ello el sentimiento i la espresion de la belleza. Recuerdo en ese instante que uno de los obstáculos mas poderosos que ha tenido el catolicismo para desarrollarse en el Japon i la China, ha sido el tipo de sus imájenes. Las razas amarillas del Asia, de una antigüedad antidiluviana i que han perdido su sávia en las luchas i trasformaciones de tantos siglos, conservan, sin embargo, poderosa la tradicion de su belleza, trasmitada de jeneracion en jeneracion, i se resisten a rendir homenaje a divinidades que no tienen semejanza alguna con sus dioses. Si el catolicismo tuviera en su cielo imájenes parecidas a las de

Budha o Confucio, talvez habria hecho vacilar a nuestros creyentes chinos, causando en ellos impresion mas favorable que las mas evanjélicas i razonables doctrinas.

Probablemente la imájen que tanto me sorprende ha sido trabajada por algun artista nipon residente en Pisco, uno de esos inconscientes escultores o pintores en laca que reproducen automáticamente los tipos espirituales i lijeros de su raza; pero este asunto, un tanto psicológico, lo entrego al estudio de turistas mas penetrantes i que viajen con ménos prisa que yo.

Vuelvo a la plaza i, dando una última mirada a Pisco, veo con pena las calles que desembocan en su centro i que son bien terrosos callejones. Hacia el oriente diviso otra iglesia cuya fachada en ruinas es igual a la que acabo de visitar: dos torres bajas situadas en los extremos del edificio i una hundida cúpula de la que solo se ve la parte superior coronada por una cruz. ¡Cuántos tesoros de vieja i familiar orijinalidad encerrará este otro templo que me es imposible visitar!

Veo tambien un teatro chino que anuncia para la noche un espectáculo en diez actos.

La puerta de entrada está cubierta por una cortina amarilla, adornada con dibujos estravagantes, entre los que se destacan algunas mariposas de color rosa i negro.

Tomamos con precipitacion el tranvía que nos espera para llenar sus asientos, pues el vapor nos llama con sus agudos silbos.

XXIII

Cuando llegamos al *Coquimbo*, se embarcaba un grupo de indios peruanos: tres mujeres i dos hombres. Tienen éstos un aire humilde i bondadoso; pero las mujeres, a pesar de la dulce suavidad de sus rostros, poseen una espresion mas viva e inteligente. Llama la atencion el traje azul que usan tan semejante en su corte a la túnica de Jesus, lo que hace decir a uno de los viajeros que no sería estraño que los primitivos peruanos descendieran de los hebreos; que esta analogía ya se ha discutido mucho i se basa en la existencia de una misma lei gramatical: así, por ejemplo, la posesion de la primera persona se espresa en hebreo i en *quichua*, añadiendo una *y* al nombre

de la cosa poseída. El judío dice *adonay* (mi señor) i el peruano *yaytay* (mi padre). A lo que observa muy oportunamente un señor presbítero que va en el vapor, que esta identidad debe existir en casi todos los idiomas, puesto que ántes de la confusión de Babel la humanidad hablaba una sola lengua, de la que sin duda quedarían vocablos i reminiscencias en todas las demas. Sin embargo, añade uno de los caballeros peruanos que subieron al vapor en Mollendo, la teoría de que los hebreos pudieran haber poblado algunas rejiones de América, no es destituida de fundamento: siendo habitada la tierra de Canaan por hebreos i fenicios, estos últimos, que tanto se distinguieron por sus atrevidas empresas marítimas i por sus lejanas colonias, no pueden ménos de ser contados entre los progenitores de los indios.

Muchos historiadores dan por seguro el descubrimiento de inscripciones fenicias en los reinos de Yucatan i del Brasil, en las que se declara la venida de cananeos a esas rejiones. Otros monumentos, entre ellos las célebres ruinas de Tiahuanaco, parecen corroborar ese testimonio.

Pero los datos científicos que arrojan mas viva luz sobre esta interesante cuestion son los encontrados por el baron Oufroy de Faron i completados recientemente por M. Ferard, que se remontan a la época de los fenicios i en los que se revela que estos famosos navegantes comerciaban con los pueblos de la América Meridional. Mr. Faillan se ha adherido a la opinion de los señores Oufroy i Ferard i cree que las expediciones de los fenicios a la América deben atribuirse, nó al conocimiento jeográfico que tenían de estas rejiones, sino a la influencia poderosa que ejercen en la navegacion las corrientes marinas del Atlántico.

En Diciembre de 1731, una barca cargada de vino de Canarias se dió a la vela en uno de los puertos de estas islas con rumbo a Palma de Mallorca; mas, sorprendida por una tempestad, tuvo que desviarse de su ruta, i entrando en la gran corriente del *Gulf Stream*, atravesó el Atlántico con pasmosa rapidez. El asombro de estos marinos que, debiendo dirigirse a las Baleares, fueron a parar a la isla de la Trinidad, impulsados por las corrientes oceánicas, confirma la opinion de Oufroy i Ferard. Un hecho análogo ocurrió al navegante Arixmarsson,

quien navegando hácia el sur por el año 982, fué arrastrado a la parte de la América llamada de los "hombres blancos", en donde recibió el bautismo, i no habiendo obtenido permiso para regresar a su país, fué reconocido por los isleños de Olhvey i por otros irlandeses.

Por lo demas, si los fenicios tenían conocimiento de la América, también lo tuvieron los normandos de las costas setentrionales, i sabidas son las expediciones que dieron a conocer las regiones tropicales del continente. Mas inciertas son las huellas que algunos creen haber encontrado de un descubrimiento de América hecho por los irlandeses en 980; pero lo que constituye hoy una verdad histórica indiscutible es el descubrimiento del Nuevo Mundo hecho por Leif en el año 1000, desde la estrechidad norte hasta los 11° de latitud setentrional, a cuya empresa contribuyeron, de una manera casual, los marinos noruegos.

Miéntas así se charla en la cubierta del *Coquimbo*, las señoras, dando ya por resuelta esta árdua cuestion a favor de los hebreos, examinan a los indios con interes creciente i descubren en sus facciones rastros bíblicos i en sus vestidos el mismo corte, amplio i suelto, de la túnica clásica del Salvador.

Compasion i cariño nos inspiran ese grupo de jóvenes indios por cuyas venas corre la sangre misteriosa de los primeros desconocidos pobladores del continente i que aun resisten i luchan despues de tantos siglos de infame esplotacion. Los conquistadores españoles, crueles i ávidos, declaraban que estas razas eran inferiores a los animales; pero semejante afirmacion no pasaba de ser la eterna calumnia de los opresores que tratan de disculpar su tiranía. Los grandes i curiosos monumentos que aun viven desparramados en ruina en los campos i ciudades del interior del Perú, atestiguan la antigua cultura de esta raza, cuyos descendientes se han distinguido en la enseñanza, en la tribuna i en actos de abnegacion i de virtud.

XXIV

La historia del Perú se pierde en los tiempos fabulosos, e investigador alguno ha podido resolver de una manera clara el

problema del origen de su raza, ni aun aplicando a la comparacion de los cráneos i de los descubrimientos jeológicos las doctrinas mas prestigiosas i modernas.

No sé si para resolver este misterio se haya aplicado tambien la famosa teoría de Darwin sobre la formacion de las especies por vía de seleccion, i la no ménos célebre de los que admiten muchos centros de creacion i, por consiguiente, la de un gran número de Evas i de Adanes con una costilla de ménos. Si así fuera, i con perdon del Génesis, la creacion del primer Adan i de la primera Eva peruana debió de tener lugar en el valle del Jauja, que de mui antiguo es considerado por estas razas como el verdadero paraíso terrenal... Tambien se ha tratado de probar que la raza peruana es la mas antigua de la tierra por los restos humanos encontrados bajo las capas de caliche del territorio de Tarapacá, i cuya formacion habria exigido millares de siglos. Se sabe que los sabios, cuando miran el pasado, acumulan los siglos con la misma facilidad i certeza de quien, mirando al cielo, declara que el número de sus estrellas es de 80.732,511, ni una de mas ni de ménos.

Esta babilonia de ideas que comprende los orígenes de la humanidad, ha puesto mas de relieve las teorías de los que sostienen la unidad de la especie i la asombrosa analogía que ofrecen las trasformaciones que, tanto en ella como en las ideas i sentimientos de la humanidad, se han operado.

Aceptada la tradicion de un origen comun, falta saber si vinieron de la China, de la India, del Japon o del Egipto los primeros pobladores del imperio incásico. Es posible; pero seguramente no vinieron de la Grecia, como lo asegura el historiador argentino doctor Vicente Fidel López, que ha declarado a los primitivos peruanos primos de los griegos. Manco Capac, descendiente de Pericles, i Mama Oello, de Aspasia!

Mas natural seria declarar a los antiguos peruanos oriundos de las razas del Asia setentrional, pues la escritura usual de los Incas eran los *quipus*, que, heredados de los mongoles, recibieron en el Perú las mas estensas i maravillosas aplicaciones, como lo manifiesta Lorente en sus interesantes estudios sobre la civilizacion inca.

Para hacer a los peruanos de un origen propio o, por lo ménos,

mas antiguos que las razas de que indudablemente descienden, se ha alegado lo difícil de las comunicaciones entre el Viejo i el Nuevo Mundo; pero en nuestros días se ha manifestado hasta la evidencia que siempre fué espedita la comunicacion de América con el Asia por el Estrecho de Behring, que los hielos transforman en istmo, i por otras vías terrestres o marítimas: habia facilidad de comunicaciones por tierras que despues se han sepultado en el océano, de lo que aun restan inequívocos indicios; i existian comunicaciones marítimas realizadas por largas navegaciones, facilitadas por vientos i corrientes del mar i la audacia de los pueblos navegantes.

Se ha sostenido, igualmente, la teoría de que los peruanos tienen un oríjen distinto a los descendientes de Adan, por el carácter singular de su antigua cultura i la falta de tradiciones bíblicas; pero no es exacto que la cultura de los Incas difiriera completamente de las de otras naciones i que olvidaran las tradiciones relijiosas. Si bien es cierto que se rendian al Sol los homenajes de una divinidad, la jente culta de las mas altas clases adoraba a un Dios único i creador del mismo Sol. Existia entre ellos mas de un Sócrates que no hacia misterio de sus dudas i predicaba con valentía la doctrina de la existencia de un Sér Supremo creador de todo el universo. Segun Garcilaso, el templo de Pachacamac estaba dedicado a esta divinidad; las estatuas del Sol i del Trueno le hacian reverencias i acatamientos. Se atribuia tambien a este dios misterioso las grandes victorias ganadas por los ejércitos de los Incas.

Quando se estrenó el gran templo de Cavicancha, i despues que una asamblea relijiosa decidió que el Sol era el mas poderoso de los seres, Inca Yupanqui se puso de pié i acusó de ignorantes a los sacerdotes diciéndoles: "Buscad a aquel que manda al Sol, ordenándole recorrer su carrera i miradle como el Creador i Omnipotente. Si alguno de vosotros puede responder a mi razonamiento, que lo haga, pues niego su omnipotencia sobre los negocios del mundo." I todos, segun Balboa, convinieron en la existencia de una primera causa, a la que dieron el nombre de Pachacamac, que significa Creador del mundo. En otra gran fiesta relijiosa, *Huaina Capac* dijo al Sumo Sacerdote que el Sol debia tener otro Señor mas grande i

poderoso que él, porque nunca descansaba en su camino, i el Supremo Señor había de ejecutar las cosas con mas sosiego i detenerse por su gusto, aunque no tuviera necesidad de reposo. El mismo Atahualpa, contestando a Valverde, exclamó: "Pachacamac es el que ha creado todo lo que existe!" Pero nada mas decidior que las oraciones que dirijian al misterioso Sér: "Oh Hacedor, que estás desde los cimientos i principios del mundo hasta los fines de él, poderoso, rico, misericordioso, que diste ser i valor a los hombres, guárdalos salvos i sanos, sin peligro i en paz! ¿A dónde estás? ¿Por ventura en el alto del cielo? Óyeme i concédeme lo que te pido. Dános perpétua vida para siempre, i esta ofrenda recíbela, donde quiera que estuvieses, ¡oh Hacedor!" Es casi una oracion cristiana.

Pero miéntras en las clases intelectuales del imperio se desarrollaba un culto mas elevado i razonable, en el pueblo se perpetuaba el politeísmo, i cada pasion, cada interes o sentimiento tenia una divinidad en la tierra o en el cielo. El olimpo peruano, si no tan brillante como el griego, se extendia a toda la creacion; no eran dioses mundanos i elegantes como Vénus, Apolo i Afrodita; pero eran tambien los seres superiores que dispensaban los favores de la riqueza, del amor, de la sabiduría i de la gloria.

La version mas autorizada sobre la filiacion de los primitivos habitantes del Perú es la de que éstos descienden de la India, de la China i de la Oceanía. Las largas navegaciones que ántes se tenían por un obstáculo insuperable, han dejado de mirarse como una dificultad séria, desde que se sabe que los isleños del mar del sur han dispuesto de buques aptos para sus travesías, que desde la isla Haití navegaban hasta la Nueva Zelanda, i que se emprendian guerras marítimas de archipiélagos contra archipiélagos, trasportándose en sus flotas tribus enteras, sea por escapar de enemigos superiores, sea por conquistar otras naciones. De que tuvieron relaciones con el Perú, dice Lorente, son claras pruebas la memoria que conservan los habitantes de Arica, Acari, Ica i otros costeños, de largos viajes a las islas del Pacífico, la analogía de los monumentos peruanos con los de la isla de Pascua, afinidades manifiestas en los idiomas, la semejanza de tipos i la comunidad de algunos usos.

Estas observaciones son sin duda las mas razonables: el viajero que penetra en el Perú siente que se encuentra en una nacion mas asiática que americana, i que los hijos del Sol tienen afinidades poderosas con los del *celestes imperio*. La corriente de inmigracion asiática i las relaciones comerciales que de mui antiguo el Perú ha cultivado con la China, contribuyen a hacer mas viva esta impresion.

VICENTE GREZ

(Continuará)

